

DISCURSO INAUGURAL DE LA ACADEMIA

*pronunciado por su Presidente, ILTRE. SR. DON JOSÉ M.^a VICENS
COROMINAS el día 4 de marzo de 1944.*

Cuando allá por el año 1935, vimos cómo otras profesiones poseían su pequeño cenáculo donde cobijarse y estudiar temas fundamentales para su carrera, sentíamos la nostalgia de no encontrar cerca de nosotros el calor de unos hombres que, al igual al de otras disciplinas, buscaran en las inagotables canteras de nuestra profesión aquellos alicientes que les inclinaran a demostrar ante la sociedad, de que existían — a lo menos en potencia — unos elementos dotados de conocimientos profundos que les capacitaban para ejercer en la vida pública algo más que el papel de espectador.

Por ello nos atrevimos a dar los primeros pasos y ante el escepticismo de muchos, ante el reconocimiento por parte de otros de un complejo de inferioridad y, cabe decirlo con orgullo, acompañados del entusiasmo y apoyo de los que estáis aquí reunidos, fué cristalizando esta idea de la Academia, que suponía, no el resurgir, porque no existía, sino el alborear de un movimiento intelectual mercantil que iba a levantar el ánimo decaído y decepcionado de muchos compañeros de carrera.

Y lo más consolador de esta labor era el ver que no sólo se adherían a la idea elementos con impetus juveniles, y que por muchos hubieran sido calificados de faltos de previsión, sino también hombres de edad madura a cuyo bagaje científico sobradamente probado añadían el fruto de su larga experiencia.

Y al calor de este entusiasmo, mesurado, sin estridencias, sin precipitaciones, nació esta Academia en el año 1940 de una manera franca, sin conciliábulos, sin segundas intenciones, cuyas primeras palpitaciones se registraron hará aproximadamente un año y a partir de las cuales su Consejo Académico ha ido consolidando silenciosamente los cimientos de este resurgimiento social.

Y después de laboriosas gestiones, después de esta peregrinación de trabajos, acompañados, — ¿por qué no decirlo? — de una secuela de sinsabores que inconscientemente nos causaban quienes no nos acababan de comprender, hemos llegado a esta fiesta que es, a no dudarlo, la proclamación de la mayoría de edad de nuestra Institución.

Por ello constituye para nosotros una verdadera alegría el que esta sesión solemne sea presidida por nuestra querida y muy respetada Primera Autoridad Civil, el Excmo. Sr. Gobernador, D. Antonio Correa Veglison, que aprovecha cualquiera ocasión que se le presenta para alentar a todos los que, como nosotros, soñamos en el triunfo de la inteligencia sobre el sin-fín de teorías que se inventan y se han inventado, no para encauzar las energías del hombre en su paso por la Tierra, sino para dificultar su marcha, para ahogar sus aspiraciones, para constituirle en fermento de todas las convulsiones sociales que tienden a aniquilar y a borrar de la conciencia todos aquellos valores morales que constituyen el substrato de la convivencia social.

Yo invito, pues, a los señores académicos, a incorporarse definitivamente a las tareas de estudio e investigación de los grandes problemas económicos que constantemente agitan a la humanidad no solamente en el ámbito nacional sino allende las fronteras de nuestra Patria. Investiguemos los números y formemos estadísticas, estudiemos las leyes fiscales, sociales, mercantiles etc.; penetremos en los complicados laberintos de nuestra economía y dediquémonos a ello con ahinco, aunque ello suponga sacrificio, aunque nos exija esfuerzo... ¿No os admira ya, que sin ninguna presión, sino sólo fija la mirada en nuestra carrera nos encontremos reunidos en tan elevado número para emprender, en franca camaradería, una obra de reivindicación científico-profesional? Adelante, pues, e impongámonos el deber de dedicar siquiera una, dos horas al mes, a nuestra Academia, que es nuestra, porque hemos escogido, porque ella respondía a las ansias de nuestro revivir y porque en su formación hemos contribuido todos los que estamos aquí reunidos. Sea, pues, nuestra aportación a la Academia como un deber profesional. En el corazón de las Comisiones escucharemos las lecciones de venerados maestros que, con su preclaro talento, ellos, individualmente, sin tener como nosotros el marco de nuestra Academia, con sus estudios, con sus trabajos, en sus conferencias, han levantado el prestigio de nuestra profesión. Y ellos verán también, también oirán las objeciones de los académicos que en plan de mutua convivencia, aportarán su experiencia profesional,

quizás algunas veces más corta, pero también muy valiosa. Y de este contacto mutuo, de este intercambio de impresiones, de este estudio serio de los problemas, surgirán las sugerencias, las réplicas, las proposiciones que, por los conductos que sean, se harán llegar a los Organismos rectores de la vida nacional, en sus variadas actividades.

Y no podemos olvidar en esta solemne sesión a nuestro querido Colegio Oficial, cuya Junta con tanto esfuerzo está trabajando para la revalorización de nuestra Carrera. Todavía no ha sido posible que en nuestra Presidencia figurara una representación del mismo; pero confiamos que, a no tardar, quizás en la próxima sesión pública, contaremos ya con su presencia. Queremos hacer patente nuestra decisión de ofrecer al mismo toda la cooperación que sea necesaria para el mejoramiento de nuestra Carrera. Contarán siempre con la Asociación amiga que responderá a sus llamamientos, ya que no queremos nunca que nuestra Corporación pudiera parecer un rival del mismo. Para él queremos toda la fuerza representativa profesional y por ello nuestra Academia no se apartará de sus fines que son exclusivamente de estudio. Estudiando nosotros, y dirigiendo ellos las actividades profesionales, alcanzaremos esta competencia, este prestigio, esta plenitud, que desde largos años suspiramos para nuestra profesión.

Y para que en nuestra Academia no faltara tampoco la sombra de la tristeza hemos de hacer constar que la muerte nos arrancó a uno de nuestros mejores colaboradores, a nuestro querido D. Jose Galtier, que, incluso en plena enfermedad, quiso asistir a las sesiones del Consejo Académico. Que Dios le premie sus esfuerzos y, nosotros, agradecidos, tributémosle el homenaje de nuestra consideración y afecto.

Y debemos terminar, señores académicos, dándoos las gracias por el gran interés que habéis puesto para convertir en realidad esa aspiración de poseer una Institución que prestigie nuestra Carrera. Cuando recibáis el título no lo toméis como un papel más. Admitidlo como recordatorio de nuestro compromiso con nuestra Academia, para que nunca nos sintamos desertores, sino que, queriéndola, le ofrezcamos un pequeño sacrificio en la seguridad de que este esfuerzo de cada uno, debidamente aunado y convenientemente dirigido, ha de conquistarnos el lugar que en la Sociedad moderna deben ocupar los que profesan las intrincadas ciencias mercantiles.

Y antes de concluir, Excmo Señor, permitidme que me dirija también a Vos, para recoger de todos este ambiente de simpatía que nimba vuestra persona y entregároslo como remillete de agradecimiento. Teníais ocupa-

ciones, muchos quehaceres que reclamaban vuestra atención, lo sabemos, pero tal como nos dijisteis en vuestra audiencia, aceptasteis gustoso, quizás porque visteis nuestra buena voluntad.

Sabed que toda la Academia recordará con íntima satisfacción este acto vuestro y será el acicate para emprender sus tareas con más ahinco, si cabe, para que este capullo que hoy se abre a la vida, sea merecedor, en brevisimo espacio de tiempo, de esta distinción tan singularísima con que lo habéis querido honrar. Muchas gracias.